



**TÉLLEZ ALARCIA, Diego. *El ministerio Wall. La <<España discreta>> del <<ministro olvidado>>*. Sevilla-Madrid: Fundación de Municipios Pablo de Olavide y Marcial Pons Historia, 2012. Colección Pablo de Olavide. 263 págs. [14,5 x 22].**

En una monarquía de servidores plurinacionales como era la borbónica, el irlandés Ricardo Wall y Devreaux (1694-1777), personifica, como ninguno, la concepción cosmopolita de aquellos ministros extranjeros asentados en la España del siglo XVIII, pero sólo unidos al rey por lazos de lealtad. El autor, buen conocedor de este irlandés, nos presenta, en su esclarecedor libro de poco menos de 300 páginas, un lúcido estudio sobre una personalidad que se nos intuye más rica y compleja de lo que hasta ahora habíamos pensado. Para ello, Diego Téllez Alarcia, rescata de su silencio la acción de gobierno de un ministro español injustamente “olvidado”. No cabe la menor duda que la historiografía decimonónica hispana no ha sido generosa con Wall. La persistencia de errores e inexactitudes sobre su persona se han repetido en enciclopedias y biografías de reciente factura. Esta falta de rigor achacable, muchas veces, tanto a la dejación como a la ignorancia, reparan en despectivos calificativos que rayan el deprecio hacia Wall por ser extranjero. En el breve, pero necesario primer capítulo, el lector no podrá más que sorprenderse de los tópicos que aún piensan sobre Wall. Algunos historiadores lo han tachado de ambicioso e inmovilista. Otros de anglófilo, antijesuita o masón. Las obras de William Coxe, Ferrer del Río y Menéndez Pelayo, no han hecho justicia a la verdad y, por lo tanto, era urgente revisar el legado político de Ricardo Wall. Es posible que ésta sea una de las virtudes de un libro que se equipara a los publicados por Concepción de CASTRO, José Luis GÓMEZ URDÁÑEZ y Juan MOLINA CORTÓN.

En esta línea diremos que, el segundo capítulo adquiere un matiz biográfico revisionista, pues a través de su *cursus honorum* se pretende valorar sus servicios a la Corona. Los expedientes de ingreso en la orden de Santiago del Archivo Histórico Nacional de Madrid son reveladores al aclarar el accidental nacimiento de Wall en Francia (Nantes). España fue su país de adopción. El Archivo General de Simancas custodia memoriales e informes suyos fechados en 1719. Sin embargo, para la exposición de los argumentos del libro, resulta fundamental resaltar la conexión jacobita de nuestro irlandés como parte de un vínculo político que acercará a Wall a la facción cortesana liderada por Carvajal y opuesta al marqués de la Ensenada. La protección dispensada por el duque de Liria (hijo del duque de Berwick) y luego por su pariente, el duque de Huéscar, íntimo colaborador de Carvajal, explicarían la solidez de sus lealtades. Lo cierto es que su eficaz labor diplomática en la embajada española de Inglaterra y la prematura muerte de Carvajal, le catapultarán a la dirección de la primera Secretaría del Despacho Universal: la de Estado. Su gestión ministerial, transcurrida entre 1754 y 1763, constituye el núcleo fundamental del tercer capítulo. En él se juzgará la política de Ricardo Wall, en su momento esbozadas por José Antonio ESCUDERO y por Beatriz BADORREY MARTÍN. Sin por ello olvidar las recientes aportaciones de Juan Luis CASTELLANO en su: *Gobierno y poder en la España del siglo XVIII*, (IHE núm. 07-694). Un ministerio responsable, en palabras de la historiadora Concepción de Castro, pero -como advierte el autor- desconocido y criticado por la ausencia de éxitos en la esfera internacional. Para cierta historiografía fue, la de Ricardo Wall, una etapa perdida, sin avances visibles en los proyectos reformistas. Un gobierno fracasado y, por tanto, alejado de los triunfos cosechados por Ensenada y



Floridablanca. No obstante, Diego Téllez Alarcia desmonta estas injustas acusaciones sobre Wall, mostrándonos un ministerio más continuista, en línea con sus predecesores, sentando las bases de la política exterior española seguida, durante la segunda mitad del siglo XVIII, por sus sucesores.

Para ello, el autor, saca a la luz los documentos depositados en archivos españoles y extranjeros, en que queda puesto de manifiesto la competencia del ministro de Fernando VI y de Carlos III en los asuntos de Estado. Didier Ozanam, ya extrajo conclusiones similares en la publicación de la correspondencia del embajador Jaime Masones de Lima. En esta documentación trasciende la personalidad de un Wall que nunca fue valedor de las ambiciones franco-británicas durante la Guerra de los Siete Años (1756-1763), sino un firme defensor de los intereses hispanos. Así lo atestiguan las cartas remitidas, a William Pitt, por los embajadores ingleses, Kenne y Bristol, y por las de sus homólogos franceses, Duras y Ossun, al duque de Choiseul. Pero bajo esta neutralidad armada, Wall, nunca escondió su preocupación por la cruda realidad. Él fue consciente de las debilidades y las limitaciones de una monarquía extensa como la española, necesitada de paz en el exterior para impulsar las reformas interiores que tanto precisaba. Sin embargo, el balance final de su ministerio no puede tampoco considerarse negativo. Se deben a sus buenos oficios los intentos de mantener una relación diplomática regular con Prusia, Rusia y el Imperio Otomano. Así como, en mejorar, las existentes con Portugal, Austria y Dinamarca. Sin olvidar, la especial tutela ejercida, en Italia, sobre Parma y Nápoles. En política interior se hicieron serios esfuerzos por reformar las oficinas de la Secretaría de Estado y situar, a su personal mejor cualificado, en embajadas y consulados. Reformas similares se intentaron efectuar en el Ejército, desde la Secretaría de Guerra que dirigió Wall, tras la muerte de Sebastián de Eslava. Otro tanto se hizo, con desigual fortuna, en la Superintendencia de correos y en la Inquisición. Ricardo Wall fue sensible al fomento del comercio colonial hispano y de sus manufacturas, bajo estímulo de la iniciativa privada. Pero también se preocupó por patrocinar el mundo cultural desde las Reales Academias. Con este saldo más objetivo, creemos que el autor consigue, por fin, restaurar la reputación de Wall, al situarlo en el lugar que le corresponde, por derecho propio, dentro de la historia ministerial española.

RAFAEL CERRO NARGÁNEZ  
(Doctor en Historia Moderna,  
Universitat de Barcelona)